

FRANÇOIS SOULAGES
PEDRO SAN GINÉS AGUILAR
(EDITORES)

FRONTERAS, MEMORIA & EXILIO

Granada
2017

COLABORAN



COLECCIÓN EIRENE

DIRECTORA:

Carmen Egea Jiménez. Instituto de Investigación de la Paz y los Conflictos. Universidad de Granada.

CONSEJO ASESOR:

Fanny Añaños Bedriñana. Departamento de Pedagogía. Universidad de Granada.

Francisco del Corral del Campo. Departamento de Expresión Gráfica. Universidad de Granada.

José Martínez Delgado. Departamento de Estudios Semíticos. Universidad de Granada.

Carmen Ramírez Hurtado. Departamento de Didáctica de la Expresión Musical Plástica y Corporal. Universidad de Granada.

Pedro San Ginés Aguilar. Departamento de Lingüística General y Teoría de la Literatura. Universidad de Granada.

María Elena Diez Jorge. Departamento de Historia del Arte. Universidad de Granada.

Viçent Martínez Guzmán. Catedra UNESCO. Universidad Jaime I. Castellón.

Danú Alberto Fabre Platas. Universidad Veracruzana, México. Carmen Magallón Portolés. Universidad de Zaragoza.

Tatyana Dronzina. Universidad de Sofia San Klemente de Ojrida. Bulgaria.

Silvia Marcu. CSIC. Madrid.

© LOS AUTORES

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

FRONTERAS, MEMORIA & EXILIO

ISBN: 978-84-338-6081-1

Depósito legal: GR./834-2017

Edita: Editorial Universidad de Granada · L'Harmattan

Diseño de la edición: motu estudio

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

CONTENIDOS

ARGUMENTACIÓN	11
<hr/>	
CAPÍTULO 1	13
<hr/>	
LA FRONTERA TRÁGICA O LA CONDENA AL EXILIO	
<i>François Soulages</i>	
<hr/>	
CAPÍTULO 2	27
<hr/>	
LAS MINORÍAS OTOMANAS: EL CASO ARMENIO, EN LA OBRA DEL AUTOR SEFARDÍ IZAK GABAY YILDIZ I SUS SEKRETOS: EL REYNO DE ABDUL HAMID	
<i>María José Cano · Doğa Filiz Subaşı</i>	
<hr/>	
CAPÍTULO 3	59
<hr/>	
EXILIO, MEMORIA E IDENTIDAD FRAGMENTADA EN LA NARRATIVA DE MARINA JARRE	
<i>Victoriano Peña</i>	
<hr/>	
CAPÍTULO 4	73
<hr/>	
FRONTERAS ABIERTAS Y CERRADAS EN LA LITERATURA CHINA CONTEMPORÁNEA	
<i>José Javier Martín Ríos</i>	
<hr/>	
CAPÍTULO 5	85
<hr/>	
FRONTERAS Y LENGUAS TRANSNACIONALES: EL CASO DE SEFARAD Y EL JUDEO-ARABE'	
<i>José Martínez Delgado · Tania María García Arévalo</i>	

CAPÍTULO 6 107

COLOMBIANOS EN LAS FRONTERAS. PERSPECTIVAS SOBRE EL REFUGIO

Edwar Leonardo Salamanca Ospina

CAPÍTULO 7 127

UNA GEOGRAFIA DE LA PRISIÓN: ESPACIOS DE VIDA Y FRONTERAS

Martha Chávez Torres · Fanny T. Añaños-Bedriñana

CAPÍTULO 8 145

GEOPOLÍTICA DE LA CULTURA Y CONVIVENCIA PACÍFICA
EN UN ESPACIO FRONTERIZO: EL CASO DE MELILLA (ESPAÑA)

Francisco Jiménez Bautista

CAPÍTULO 9 171

D. SHOSTAKOVICH: EL EXILIO INTERIOR

Inmaculada Ferro Ríos

CAPÍTULO 10 203

MEMORIA EN LA FRONTERA DEL EXILIO

Pedro San Ginés Aguilar

CAPÍTULO I

LA FRONTERA TRÁGICA O LA CONDENA AL EXILIO

FRANÇOIS SOULAGES

Instituto Nacional de Historia del Arte | Filosofía del Arte

Universidad Paris 8 (Francia)

No existe nunca un bello exilio

Todo exilio es sufrimiento

GILBERT SINOUE

El exilio está unido a una frontera, la que separa el exiliado del país de origen. Pero no es correlativo a muchas otras fronteras? Fronteras materiales y fronteras psíquicas, fronteras exteriores y fronteras interiores, fronteras de la memoria que prohíbe, impone o interpreta y fronteras del olvido.

En suma, ¿en qué el pensamiento de frontera aclara el del exilio? Y a la inversa.

Así entenderemos mucho mejor por qué, de hecho, no existe un bello exilio: la vida, en ello, no es una novela, sino un sufrimiento. ¿Qué hacer para sí, para los demás, para su país – país de partida y/o de llegada –, para con los suyos? ¿Pero, quiénes son los suyos para un exiliado?

CAMBIO DE PUNTO DE VISTA

Tras la segunda guerra mundial hasta los años Chirac (2007), una ideología dominaba en Francia en cuanto al exilio y los exiliados, mezcla de buenos sentimientos anti-dictadura, generosidad a veces y a menudo opiniones sin-fronteristas – como si las fronteras no protegieran

a veces a los exiliados... Para esta ideología, el exiliado era siempre la víctima, véase el mártir, en consecuencia el héroe romántico, a veces novelesco. Esta ideología era sentimental, moral y política; era eficaz y potente.

Era generalizadora y simplificadora: era su fuerza, fue su debilidad. Olvidaba que n había El Exilio y los Exiliados, sino exiliados diversos y exiliados distintos. Ella, quien se decía republicana, olvidaba extrañamente que aquellos exiliados de 1789 eran los Nobles, los poseedores, los dominantes y los explotadores del ayer.

¿Por qué tales olvidos, negaciones, rechazos? ¿Por qué privilegiar a los exiliados con los que compartía ideales y esperanzas, utopías y luchas, y olvidar a los demás, como si el mundo fuese simple, véase simplista?

Este error se fundamentaba, a veces, en un olvido de los grupos, de las masas, de los pequeños, de los sin-grados y de los anónimos, para focalizarse en los individuos considerados entonces, a veces justamente, como héroes: Ovidio y Mahoma, Hugo y Zola, Marx y Trotski, Freud y de Gaulle, Dostoïevski y Soljenitsyne, etc... Nos encontrábamos entonces más bien ante una dramaturgia frente a un drama.

Es, pues, necesario adoptar sobre el exilio otro punto de vista más cercano al juicio de hecho frente al juicio de valores, por lo tanto, un punto de vista más *sociológico y societal*, más técnico y descriptivo: ¿por qué, en una sociedad dada, unos individuos pueden estar condenados al exilio? ¿Cómo se produce esta condena? ¿Cómo los exiliados pueden vivir en su nueva condición? ¿Por qué tales dificultades, a veces insuperables para los sujetos, se producen? ¿Cómo los exiliados repiten o, al contrario, inventan soluciones individuales y/o colectivas para intentar superar esta situación tan compleja y dolorosa?

Un punto de vista casi *antropológico* se impone, tanto más cuando se puede hacer un uso metafórico en cuanto al concepto de exilio así como al de frontera: este exilio metafórico y psíquico es, además, la matriz psíquica a partir de la cual el exiliado territorial es, a menudo, político, véase teológico-político – cerca del sentido espinocista –, puede vivir su exilio. Matriz apuntado por Cioran en *el inconveniente en haber nacido*: «El inconsciente es una patria, la consciencia, un exilio.» Como si el primer exilio fuera el del nacimiento y la expulsión

del cuerpo de la madre; el mito de la expulsión de Adán del Paraíso terrestre lo representa, Dios padre creando un rechazo hacia la Madre, sustituyéndola por la Mujer deseante y deseable, causa dada en la condena irremediable al exilio, del paso sin retorno de divinidad a humanidad, del Paraíso a la Tierra sin todavía recalificar y rebautizar «santa» sectorialmente.

Es, pues, solo a partir de este punto cuando un punto de vista *existencial* puede imponerse: el exilio es, de hecho, en primer lugar vivido por existentes, aunque esta forma de existencia se encuentra en un relato para un escenario político establecido por otros y articulado en la matriz psíquica individual que posee cada exiliado en tanto que ser arrojado al mundo y fuera del «País Natal» del que habla Modiano¹ o Pontalis:² «Desaparecido el país natal.»

Punto de vista no solo existencial, sino también *trágico*, teniendo en cuenta la condena y la damnación, el destino y la pérdida que se imponen a los sujetos en el exilio: una frontera interior y psíquica puede, entonces, encerrar el exiliado en la novela grupal – el grupo habiendo sustituido a la familia – sin posibilidad, para él, elegir de nuevo libremente su vida y su futuro sin tener miedo en ser tomado por un traidor en la causa primitiva. Todo ello en la clandestinidad y a veces la simulación y la mentira «absolutamente» (¿?) necesarios: el exiliado es a veces vigilado por la policía de su país de origen, por la de su país de acogida y por la de su grupo o partido; la libertad se encuentra realmente muy lejos... Victor Hugo es muy optimista cuando, el 14 de marzo de 1852, escribe: «Vida pobre, exilio, pero libre. Mal alojado, mal dormido, mal nutrido. ¡Qué importa que el cuerpo se vea reducido siempre que el espíritu se encuentre más allá!»³ En ese mismo periodo, Lamennais más cerca de los humildes, y más realista: «Solo hay amigos, esposas, padres y hermanos en la patria. El exiliado se encuentra solo en todas partes» Solo, puesto que vigilado por todos.

1 Patrick Modiano, *La Petite Bijou*, (2001), Paris, Gallimard, 2001, p. 147.

2 J.-B. Pontalis, «S'exiler de l'exil», in *Marée basse marée haute* (2014), Paris, Gallimard, folio, 2014, p. 49.

3 Victor Hugo, *Choses vues*.

LA FRONTERA IMPUESTA

De hecho, el exilio no es nunca una pura elección, el fruto de una libertad absoluta, sino siempre de una necesidad; es la reacción a una relación de fuerzas entre dos hombres, dos grupos, un grupo y un hombre. En la dialéctica del maestro y del esclavo, Hegel no menciona la posibilidad del exilio; hubiera podido: un combate producido por dos hombres, el uno prefiere la libertad sobre la vida y se transforma en maestro, el otro prefiere la vida a la libertad y se convierte en esclavo del maestro; el maestro hubiera podido ofrecerle, imponerle el exilio; ofrecérsele y así afirmar su superioridad, imponerle y así afirmar su dominación.

Sin embargo, el exilio no es tan romántico: golpea a menudo los individuos quienes, en una guerra civil, una dictadura, pretendían luchar contra el poder injusto establecido que, gracias al aparato del Estado, con la ayuda de países aliados tan injustos como él, con el uso de la fuerza y la violencia, con la utilización de la tortura y del crimen, impone su voluntad – es decir hacer que desaparezcan del territorio sus oponentes, sea matándolos oficialmente, sea declarándolos «desaparecidos», sea obligándolos a «elegir» el exilio.

Además los hombres en uniforme habían surgidos. Aquellos hombres no desean ni la libertad ni la poesía, y su «medicina» es radical: para erradicar el mal – y el mal es todo lo que no es uniforme –, todos los medios son buenos⁴

Pontalis tiene toda la razón: el uniforme es el principio de la dictadura: «Nórmate, joven en jean, tú a quien gusta tanto el uniforme imbécil. Pequeño producto de la publicidad. Te gusta que te sondeen tu opinión. No se puede sondear tu pensamiento. ¿Has tenido uno en algún momento? Católico catódico. Escuchar las noticias, no te sirve para nada, sino a ser más invisible, a ser más consumidor, a ser más prisionero de la moda y de la norma» podría susurrar el poder.

4 Pontalis, *op. cit.*, p. 48.

Esta llamada al uniforme y la norma tiene, pues, como correlato la lucha contra la gente fuera de la norma y de la forma oficiales; es necesario, pues, exiliarla para que no molesten al poder y para que no contaminen a los demás.

No obstante, es bastante extraño, hoy en día, que los ciudadanos sean expresamente exiliados y desterrados, así como en la Antigüedad o como, por ejemplo, la familia Bonaparte bajo la ley del 1 de enero de 1816 o Luis Felipe tras 1848. La mayor parte de los exiliados, hoy en día, se encuentran en una situación tal en sus propios países que deben huir y dejarlos; sería ingenuo, erróneo e insultante identificar esta obligación al exilio a la dialéctica maestro /esclavo, puesto que esta obligación es consecuencia de una lucha asimétrica entre, por un lado, un poder poderoso y, por otro lado, uno o unos individuos. Razón de más por no hablar de libertad o de elección libre ante el tema del exilio. El exilio es una y la única solución que queda para el que pretende continuar viviendo y/o luchar: el lema no es «libertad o muerte», sino «la muerte o el exilio».

El exilio es, pues, la última obligación que queda al sujeto; con ello, planta una frontera para un tiempo protector. ¿Pero, durante cuánto tiempo? ¿Y cómo vivir ese tiempo?

Cierto es, el exilio no es lo peor – la muerte, la tortura, la degradación, el sufrimiento físico y moral, la violación a los derechos del hombre y del ciudadano; pero el exilio es el sin padre y sin referencia alguna. La familia a la que aludía Lamennais ya no se encuentra: los familiares están lejos; «del dulce país de nuestros abuelos, ¿siempre seremos unos exiliados?» escribe Corneille.

Además, el poder establecido puede actuar contra los suyos y el exiliado lo sabe y sufre por ello; chantaje odioso utilizado sin vergüenza alguna por una dictadura o un grupo bárbaro, cuando además puede serlo por un goce sádico; el exilio es entonces el hijo sin el padre y sobre todo sin referencia: puesto ¿Qué hacer? ¿Continuar el combate? Quizás, pero ¿cómo? Puesto que todo ha cambiado: el exiliado lo sabrá enseguida a su costa: Ha cambiado de mundo y su mundo ha cambiado. Las fronteras ya no son las que conocía. El exiliado es, ante todo, el que debe aprenderlo todo de nuevo.

LAS FRONTERAS POLÍTICAS

Pontalis ha esbozado, en un corto texto de tres páginas, un magnífico retrato de un exiliado uruguayo;⁵ Raphaël Parejo a analizado con mucha certeza el exilio de los militantes revolucionarios argentinos en Francia bajo la dictadura en los años 1975-83.⁶ Reflexionemos a partir de aquellas páginas instructivas.

Todo empieza por un trauma, o al menos un choque, una violencia, una ruptura. Violencia antes de la partida, violencia de la partida y del abandono - ¿para cuánto tiempo en cuanto a su país y los suyos, pues, de sí-mismo?-, violencia por estar en otra parte; en suma, vivencia de una muerte simbólica, de un duelo que no tiene nombre. ¿Cómo hacer? ¿qué hacer? ¿cómo vivir? ¿qué vida?

Una solución, quizás, el «exilio político activo», puesto que este exilio es político, y su expresión igualmente: porque eran comprometidos políticos, unos revolucionarios tuvieron que exiliarse, pero es también para seguir con su lucha por lo que se exiliaron; consecuentemente, la razón por la cual están en Francia era, en un principio, para continuar la lucha y, pues, tener como actividad principal en Francia la lucha política contra la dictadura que se mantenía en su país. Cuando empezó el exilio, todo parecía sencillo.

Pero, rápidamente, todo se hizo más complejo: la clandestinidad se imponía como voluntad de lucha; Francia acogía, pero no pudo permitirlo todo; y la lucha también se jugaba en el territorio de Francia entre revolucionarios argentinos y partidarios o agentes de la dictadura cuya primera medida consistió en tratar de infiltrarse en las redes revolucionarias. Un *doublé-bind* se instala en la cabeza de cada revolucionario: por un lado su nueva familia fue el grupo revolucionario, por otro lado, de lo que más debían desconfiar, eran los traidores del grupo. Los efectos por lo vivido y el psiquismo de los sujetos revolucionarios fueron entonces muy pesados para algunos, dando lugar, a veces, a la violencia contra miembros del grupo o contra ellos mismos. En ese momento, ya la dictadura había ganado un asalto en la lucha, un asalto decisivo.

5 *Op.cit.*

6 Cf sa thèse de sociologie soutenue en 2006 à l'Université Paris 8: *Exil politique et résistance. Militants révolutionnaires argentins exilés en France (1975-1983)*.

Entonces, se impuso la cultura del secreto, siempre tan difícil de soportar, haciendo del exilio una continuación de la vida bajo la dictadura: cierto es, se supero una frontera, pero el funcionamiento y los riesgos seguían siendo los mismos. Peor aún, la frontera puede convertirse en una ilusión de la seguridad; algunos bajan la guardia y caen, permitiendo, a veces, que caigan con ellos compañeros de combate.

O, más bien, la frontera es signo de una ruptura con la vida anterior, vida personal y vida social, vida psíquica también en algunos casos. Por lo que esta ruptura parece definitiva, aunque no hubiera trauma: parece entonces que el pasado ha acabado y el sujeto se encuentra frente a una nueva vida en la que todo debe aprenderse de nuevo hasta los detalles más pequeños, y de forma infinitamente más viva frente a los cambios de vida por la que cualquier ser humano, en un momento dado, está confrontado.

En él, alrededor suyo, el exiliado piensa que el combate debe continuar, que el combate debe realizarse. Pero ¿cómo? De forma distinta, puesto que la situación ya no es la misma. Algunos lo viven con entusiasmo y relativa facilidad; otros se hacen preguntan: de verdad ¿qué han querido realmente? ¿Se trata del mismo combate que el que se mantiene del otro lado de la frontera, en su casa? ¿Pasan del «cómo?» al «¿por qué?»: ¿para qué llevar adelante este nuevo combate? ¿Hacia qué conduce? «¿Qué hacer?», decía un exiliado célebre, un cierto Lenin.

Aprender cómo realizar su propio duelo de su pasado y de su sí mismo (pasado), siendo un destino posible para el exiliado. ¿Trágico? Sí, pero también dramático.

Las fronteras políticas del exilio parecían ahogar al exiliado marcado por un doble planteamiento: ¿cómo ser exiliado y cómo ser sí mismo? El, quién parecía tener vergüenza por ser un superviviente: ¿cómo sobrevivir para poder vivir? ¿Qué vivir?

LAS FRONTERAS DE LA VIDA & DEL ARTE.

Puesto que el exiliado debe concebir una nueva vida. ¿Cómo cualquier ser humano en general? De forma infinitamente más imperativa: a veces se trata de vida o muerte, siempre en cuanto a la manera de

vivir y del intento de dar un sentido a su vida. En la mayor parte de los casos, el exiliado no es un soldado en misión quien no reflexiona ya a la finalidad de su misión, sino únicamente mediante su realización, ni un exaltado llevado por el destino que debe cumplir desde y para su país de nacimiento: no es de Gaulle quien quiere; ¡quién puede identificarse con la Francia Eterna!

Debe entonces elegir, por todos los medios, una vida nueva: una vida en general – combatir de nuevo o hacer otra cosa... – y una vida cotidiana – del oficio a una forma de comer o encontrar gente...

Puesto que existen varias posibilidades, en función de los diferentes sujetos, de su historia, de sus capacidades, de su situación, de su herencia, de su medio social original, de su deseo, de las casualidades de la vida, etc... Desde la adaptación al nuevo país y al nuevo modo de vivir la integración, pasando por la aculturación – el acceso a otra cultura – y por la asimilación. Todos no superan las mismas etapas y con las mismas modalidades; pero, para todos, el exilio no es algo estático y repetitivo, sino dinámico e histórico: histórico en cuanto a la historia del sujeto, e histórico en función de las historias de su grupo, de su país de origen, de su país de acogida, de las realidades geopolíticas.

De hecho, el exiliado se enfrenta a una nueva lengua, a su propio acento, al reconocimiento de sus títulos, al acceso a un trabajo a veces totalmente nuevo, a la inmersión en un mundo desconocido y diferente en todo, a nuevos compañeros, amistades o amores, en suma, a otra cultura que uno vive, en primer lugar, como lugar de una alteridad con fronteras a veces infranqueables. El exiliado es un desplazado, cuando no es un deportado que han transferido en un campo de deportación y de concentración – lo que no supone en nada un campo de exterminio, aunque, por supuesto, lo haya sido.

Salvo algunas excepciones, el exiliado es, ante todo, un anónimo; de allí la utilidad de la lucha en organismos internacionales, como Amnesty international, que pretende romper con ese anonimato: el exiliado es una persona única, singular, particular. «Un ser humano, escribe Alain Génini, no es cualquier ser humano. Lo indefinido, es aún lo que nos define mejor. Un vida no es cualquiera de ella (*cf.* Maupassant, *Une vie*). *Una vida* vale siempre más que *la vida*; por supuesto que es ella y solo ella la que siempre uno vivirá. *Una vida* no se reduce

tampoco a *mi* vida. En una vida, hay más que mi vida, están todas las vidas de los demás que hubiera podido ser, todas las vidas que no he vivido. Entrar en el anonimato es, pues, partir al encuentro del pueblo que no somos todavía.⁷ El retrato anónimo del exiliado abre sobre lo universal – «todos» los retratos «de los demás». Un cambio se realiza y produce una paradoja: lo anónimo sería entonces la condición posible de lo universal.

«El anonimato, escribe Génini, es el poblamiento, es el ser humano poblado, el que conecta con el pueblo y lo agrega, el pueblo futuro de todos aquellos que ha sido. En el anonimato, somos todos sustituibles, intercambiables, de nada irremplazables. No tanto acoplados como decuplicados. El anónimo, es el ser humano sin nombre, es decir, el hombre que ya no tiene un único rostro, es el ser humano con múltiples rostros.⁸» Existe una visión a doble cara del anonimato para este escritor: por un lado, es la desposesión, lo sustituible, lo innombrable; por otro lado, es la pertenencia a un todo que lo supera, a un pueblo que lo constituye, a una humanidad universal. Ésta es la contradicción que enriquece este estado: por un lado, el exiliado anónimo está perdido, atrapado en el «abandono» del *Sin nombre* de Levinas; por otro lado, se abre y nos abre a lo político y la ética. Nos remite entonces a una problemática más general que estructura el arte desde un siglo al menos y la literatura en particular: «Lo que es caduco hoy en la novela, escribía Barthes, es lo novelesco, el personaje; lo que ya no puede ser escrito, es el Nombre Propio».⁹ La fotografía puede, entonces, caer en esta lógica, tanto más que todo retrato de exiliado tiene el riesgo en convertirse en anónimo. Pasamos de un arte de la huella enigmática al del trazado.

Sin embargo, podemos comprender el porqué, según María Elvira Ardila, la directora del museo de arte moderno de Bogotá (Colombia), la función del arte es dar un nombre a las víctimas exiliadas, a menudo, tan anónimas, mientras los nombres de los verdugos, torturadores y criminales son conocidos. Sin esta nominación del arte, sin este bautismo artístico y político, los seres humanos permanecen, retomando la fórmula del poeta Gérard Souillac, «intermitentes de humanidad,

7 Alain Génini, *Anonymes*, non publié.

8 *Op. cit.*

9 Roland Barthes, *S/Z*, Paris, Le Seuil, coll. Points, 1970, p. 102.

lisiados de singularidad, nombrados en sus excentricidades – excluidos, marginados, cuarto mundo – o en sus expulsiones – olvidados, desaparecidos»,¹⁰ irreconocibles, como si la foto hubiese sido difuminado, fuera de lo social y de lo jurídico. Ya no tenemos el retrato de un individuo, sino el de un modelo posible, el de un posible genérico. Ya no estamos en la toma de la unicidad singular y rica, aunque esté sin historia, tal *Un cœur simple* de Flaubert, sino en la participación en un intento de saber pertinente en las ciencias humanas, como, por ejemplo, la sociología; Barthes expresa muy bien este problema; «Como la Fotografía es contingente puro y solo puede ser eso (es siempre *algo* que es representado) (...), enseña en seguida estos «detalles» que producen el material mismo del saber etnológico». El retrato del exiliado anónimo es, pues, como el ideal-tipo que tanto gusta a Weber.

LAS FRONTERAS PSÍQUICAS & TEMPORALES

Los primeros tiempos fueron difíciles. Tuvo que realizar innumerables gestiones para obtener el estatuto de refugiado político, y más para que sus títulos sean reconocidos y le permitan ejercer la medicina. No cedió al desaliento.¹¹

Pues, que el desánimo es el más grande peligro para el exiliado: dejar de creer, no saber ya que hacer y para qué. Lo que desemboca, a veces, en la depresión para algunos, en la psicosis – en particular, la paranoia – para otros. Para todos, existe peligro en cuanto al equilibrio psíquico, frente al silencio y a la clandestinidad, frente al sentimiento de derrota y de fracaso, frente a la vergüenza por ser un superviviente y formar una generación sacrificada, frente a esta identidad nueva difícil de encontrar, frente al pasado y a la memoria.

Puesto que el exiliado está confrontado a las fronteras del tiempo. Se puede encontrar amurallado detrás de las fronteras del pasado: ¿son las fronteras de la memoria? ¿Pero de qué memoria(s)? ¿la del sujeto, la

10 Gérard Souillac, *Anonymes, oubliés, disparus, apparatus*, inédit.

11 Pontalis, *op. cit.*, p. 48.

del grupo, la del poder de origen, la del país de acogida? El exiliado se encuentra frente a relatos en los que, a menudo, habitan la reinterpretación, si no es la fabulación. Es prisionero de las fronteras, no tanto del pasado o de la memoria, sino de la ficción, véase la manipulación, a veces, creada concienzudamente por un grupo de presión de un lado y otro. Cómo gestionar entonces el problema de su identidad, en la medida en que el problema no es tanto por las fabulaciones – no es típico del exiliado el estar inmerso en novelas sociales, comunitarias y familiares-, sino que estas fabulaciones se convierten en leyendas para repetir dogmáticamente si no se quiere la exclusión del grupo y, entonces, perder su propia identidad precaria recobrada.

¿Cómo, estando solo, puede reinventarse una historia, volver a encontrar su historia? Debe, para ello, operar un doble descentramiento: pasar del grupo a sí mismo y del pasado al futuro.

Pasar del grupo – fácilmente gregario – a sí mismo no es evidente para el exiliado que primero se ha pensado con relación a una ruptura colectiva con el cuerpo origen, el nuevo cuerpo volviendo a jugar la función del primero. Los análisis de Pedro San Ginés sobre la justificación del egoísmo en cierta filosofía china son aquí instructivos.

Pero el segundo descentramiento es decisivo: es necesario pasar de una orientación hacia el pasado a una orientación hacia el futuro, el pasado siendo mortífero, el futuro pudiendo ser constructor. No se trata de aspirar a un puro presente «liberado» – por lo tanto vuelto a ser libre (de) – del pasado, puesto que del pasado, ¿podemos, debemos hacer borrón y cuenta nueva? Algunos revolucionarios lo creen a veces, como en Camboya del 17 de abril de 1975 al 7 de enero de 1979 – los vietnamitas entraron aquel día en Phnom Penh tras cruzar las fronteras cerradas de lo que los Jemeres rojos llamaban Kampuchea democrática: caída de Pol Pot; sin embargo el genocidio de los Camboyanos eliminó a un tercio de la población – dos millones de muertos...; el sueño se convirtió en pesadilla sin fronteras y, quizás, sin fin. Y qué decir de la *tabula rasa* de Descartes que no tiene nada que ver con la erradicación totalitaria, aunque se quiera radical y absolutamente necesaria: «destruir generalmente todas mi antiguas opiniones».¹²

12 *Méditations*, I, 2.

Es necesario, al contrario, articular el pasado, presente y futuro, memoria, atención y espera, en suma, tener otra consciencia más rica, más activa y más abierta: menos prisionera de fronteras temporales, psíquicas y societales, menos alienada por ellas: «El exilio es una especie de largo insomnio.» Escribía un exiliado célebre, Victor Hugo.

Tres ejemplos pueden ilustrar este descentramiento positivo, mejor aún, creador: primero lo de todos aquellos exiliados quienes, en un país, han luchado por la justicia del país arriesgándose a morir – como el padre de Pedro san Ginés, republicano español convirtiéndose en Resistente francés tras 1940, dando, de este modo, a su combate un sentido más amplio y a su exilio una eficacia universal mucho más rica.

El segundo ejemplo tiene que ver con la lengua:

Pudo llevarse consigo algunos libros franceses. Por puro placer emprendió la traducción de *Les Fleurs du mal*. La poesía le abrió el camino hacia el control de su nueva lengua.¹³

En este sentido, el exiliado se descentra mediante una nueva relación – poética – a la lengua – nueva: habla de la lengua del país de acogida. Con eso, afirma una nueva relación consciente, racional e igualmente para sí mismo y a su futuro: la lengua ya no se convierte en frontera, sino en puente.

El tercer ejemplo es capital: el exiliado transforma su relación con el exilio abriéndose al exilio de otros exiliados:

Al cabo de algunos meses encontró un puesto en el seno de una institución que acogía a exiliados como él, pero que ignoraban la lengua francesa. (...) El encuentro cotidiano con aquellos seres humanos perdidos, a menudo al borde de la locura, le permitió, de forma extraña, sentirse menos exiliado, no ser ya más la presa de la sola nostalgia. Muy despacio, día tras día, se exilio del exilio. Francia se convirtió en su nuevo país, encontró amigos que no veían en él un extranjero de paso.¹⁴

13 *Idem*.

14 *Idem*, p. 49.

El exiliado se salva (de su exilio) abriéndose a los demás: a otros más desgraciados que él, cuando el sufrimiento psíquico golpea profundamente a personas que se convierten en amigos quienes, entonces, no le remiten su imagen de exiliado, y para los cuales existe como sujeto autónomo, particular, singular, libre y liberado de su condición de exiliado – es decir, del que está definido por un más allá del cual está separado con violencia y dolor.

Ya no está en la memoria dolorosa, eterna repetición estéril, está en el proyecto y el futuro repartidos y contruidos con otros seres humanos que ya no se encuentran en un grupo cerrado en sí mismo, sino que constituyen más que una internacional, una universalidad potencial abierta, una humanidad, mejor aún, una interhumanidad.

Tiene, pues, dos países, ya no puede pasar ni del uno ni del otro.
No le gusta que le hablen de sus «raíces». (...) ¡es el mundo entero nuestra raíz!¹⁵

Además, es inútil que el viejo exiliado transmita sus angustias y sus problemas a sus niños: es él el que debe gestionarlos; sería un crimen en crear en sus niños vengadores primitivos; obsesionados con un pasado que deben, por supuesto conocer, pero de los cuales no son hijos. Ya es bastante difícil ser hijo de un ser humano, para no serlo también de un trauma que el padre no ha sabido resolver, quizás porque no es gestionable: la vendetta y la transmisión del pecado original son prácticas primitivas: el exiliado debe ofrecer a sus hijos un futuro abierto y no las fronteras de un pasado eterno, insuperable y mortífero. Uno debe tener el coraje para elegir su vida, el futuro y el tiempo; uno debe ir más allá de las fronteras. Aunque lo trágico no desaparezca.

La novela de Kostolanyi «El extranjero y la muerte»¹⁶ cuenta la historia de un hombre que llegó un día a un hotel y no hablaba la lengua del país. «comunicaba por señales, (...) «consultaba» la carta y ponía, al azar, el dedo sobre un plato. Cuando se le proporcionaba, señalaba su consentimiento con una señal de cabeza.» Un día, «quiso a toda costa

15 *Idem.*

16 Dezso Kostolanyi, *L'étranger et la mort*, Paris, éd. In fine, pp. 71 sqq.

explicar algo al camarero (...) Señalaba su corazón.» El médico acudió; le interrogó. El hombre «respondía invariablemente con una única palabra, con consonancias extranjeras, y que el médico no entendía.» Entonces, lo que debía ocurrir ocurrió: murió. Pero la novela no queda en ello:

Mudos, rodearon la cama en silencio.

Los más jóvenes pensaban en sus abuelos, los menos jóvenes en sus padres, en sus madres, o en otro miembro de la familia, porque ya habían visto tal espectáculo.

A partir de ahora, el extranjero les era familiar. Sabían, quien era.

Un hombre, quien, como ellos, habían vivido sobre esta tierra y se fue como se irían un día.

Ya no era un extranjero. Era un hermano.

El lenguaje parecía, en primer momento, poder salvar al hombre de lo trágico de la vida y de la muerte; de nada. Paradójicamente, es la muerte la que reúne a los seres humanos y fundamenta la interhumanidad en la fraternidad. Así, la experiencia compartida y obligada de la muerte es, a la vez, el tejido de lo trágico y lo que permite superarlo. La interhumanidad es, entonces, una humanidad de las personas: Kant y Levinas podrían iluminarnos, pero Pascal y Kierkegaard, igualmente.